

MEMORIA DESCRIPTIVA

El primer impacto ambiental más conocido que se produce tras un incendio en zonas boscosa, es que con las primeras lluvias del año, tanto las cenizas resultantes de un incendio, como la zona más superficial del suelo, son arrastrados por las aguas, creando a su paso un gran acúmulo de materia orgánica, que puede provocar de forma directa la contaminación de las zonas donde se deposita, llegando en ciertas zonas al mar, provocando la muerte de los organismos de la zona intermareal. A su vez, ese arrastre de materiales, deja desnudo el suelo quemado, desapareciendo incluso el valioso “banco de semillas”, tan necesario para la recuperación de la cubierta vegetal, provocando la erosión del suelo y dificultando enormemente el desarrollo de un nuevo bosque.

Como elemento necesario para que se pueda recuperar el bosque de la forma más natural, evitando la indicada erosión, se propone un sistema capaz de evitar en parte la erosión posterior a los incendios. Se trata de sujetar el suelo en determinados tramos, puesto que no es posible mantener la superficie sin ningún tipo de alteración, de forma que el banco de semillas no desaparezca, se acumule en zonas determinadas, y desarrolle la futura cubierta, que a su vez servirá como elemento para sujetar las cenizas y el material que pudiera ser arrastrado por la lluvia, permitiendo con ese acúmulo de material el desarrollo fundamentalmente de plantas herbáceas y matorral, que sujetaran el nuevo suelo y servirán para la creación de un nuevo bosque.

De manera que no se trata de plantar árboles, que requieren un cuidado que en condiciones normales no se puede prestar, y que además no son capaces de retener el suelo desde el inicio, se pretende fomentar el desarrollo de herbáceas y perennes de bajo porte, que sean las iniciadoras de la implantación del bosque, creando una red básica que retenga el suelo y las semillas, favoreciendo un rápido crecimiento y creando un microclima que permita la aparición arbórea con elementos vegetales propios del clima y la zona.

El procedimiento, consiste en instalar en las zonas recientemente quemadas, a ser posible en las que aún no han sido afectadas por lluvias, de una red de cuerdas de cañamazo o sisal (pita), de 3 cm de diámetro, extendidas a lo largo de la zona quemadas, en posición perpendicular a las pendientes, con una distancia entre ellas de entre 5 y 20 metros, en función a la pendiente y el lugar, de manera que formen hileras con una longitud máxima de 1.000 metros a lo largo de toda la zona, arrastradas por burros, de manera que en dicho proceso, estas sogas tienden a realizar un surco en la tierra por el peso (aproximado de 250 kg en el caso del sisal y de 500 kg en el del cañamazo para cada 1.000 metros) y el arrastre, lo que le dará un mayor contacto y mejor sujeción.

Tales sogas irán apoyadas a lo largo de su recorrido, en los resaltes que hayan quedado al descubierto, restos arbóreos, rocas, etc., de manera que crearán un pequeño muro de contención que retendrá tanto las cenizas, como las semillas presentes en el suelo, impidiendo la erosión, creando una cierta humedad en su entorno y permitiendo la aparición de plantas en su cercanía. En aquellos lugares en los que por la naturaleza o circunstancias de la zona, no haya lugar a un buen contacto y agarre al suelo, se puede sujetar la soga, hundiéndola en el suelo palos ahorquillados que a su vez sujeten la maroma, impidiendo su caída.

El material de que están compuestas tales sogas, permite su degradación en un periodo de tiempo relativamente corto (entre 10 y 15 años), durante el cual, servirán de muro de retención, absorberán humedad y aportarán nutrientes al suelo hasta su completa desaparición.

El uso de burros para la tarea de arrastre, permite a su vez, el utilizarlos como animales de carga recogiendo restos de la quema y otros materiales que podrían ser perjudiciales para la zona (tras el rastro de un incendio, siempre aparecen zonas utilizadas como basureros o escombreras, pudiendo así eliminarse estos y realizar una limpieza del terreno).

En zonas con gran erosión, se pueden unir redes de contención con estas sogas, de manera que se formen bolsas que retengan de forma escalonada los residuos sin que lleguen a tener un gran volumen, que permitan la implantación vegetal y por ende la estabilidad del suelo.

Dado que los usos que siempre ha tenido la paja de recogida de las cosechas de cereales, ha perdido entidad, quedando en muchos casos, para uso como abono en los propios sembrados, se puede utilizar esta, para hacer cuerdas con la paja al igual que se forman los “rollos” con las cosechadoras, de manera que podrían bien por sí mismas o sujetas con cuerda formarse esas mismas sogas para extender en las pendientes, permitiendo un mayor grado de humedad que con las sogas y con un periodo de degradación mayor, teniendo en cuenta que el soporte que formen estos muros serán fundamentales los dos-cuatro primeros años, para crear la vegetación base. A su vez y fundamentalmente para zonas de taludes, tan utilizados en la actualidad para definir límites de urbanizaciones y como barrera contra el ruido de autopistas, estas mismas sogas de paja pueden llevar en su centro tuberías de las utilizadas para “riego por goteo”, de forma que además de retener el suelo, la paja mantenga y conserve mejor la humedad del propio riego.









